

La noche del Erial

(Cuento)

JORGE GONZALEZ CAMARENA

El Erial, ese tramo de desierto planito como una tabla, que está entre Santa María, nuestro pueblo, y San Gabriel. Tramo largo de leguas y horas de camino sin camino, porque ¿quién atraviesa el Erial? Es donde comienza el desierto que se extiende sin fin hacia el norte, donde se hace arenoso; acá, tierra dura, como petrificada en su ocre coloración en la que ni siquiera crece una mata. ¿Por qué el Erial? Así se le ha llamado siempre a esta parte del desierto que parece que se rajó llenándose de cuarteaduras, "Los Tajos" les nombran; grietas entre angostas y anchas que están para el lado de acá, culebreando en la superficie, culebreando en abismo hacia el fondo; ¿será por sus formas que son criaderos de víboras? Rajaduras del suelo que sólo se ven cuando ya se está bien cerquita de ellas.

El Erial. ¡Cómo lo recuerdo, envuelto en esa lóbrega noche! Yo lo atravesaba solo y a pie; con esos nubarrones encima y lloviendo, que llenaron de absoluta negrura la noche del Erial.

Cuando se presenta la de malas todo sale así. Era de urgencia recoger esos papeles en San Gabriel; mi caballo que llegó renqueando tuve que dejarlo al cuidado en el mesón. Luego el señor ese que debía firmar y no llegaba del rancho, hasta que por fin se fue apareciendo ya entradita la noche.

Y tú, que me esperabas allá en Santa María, desde el atardecer. "No te vaya a caer la noche por esos lugares..." Con la luz del crepúsculo; así te lo prometí. Pero yo traía la de malas.

Fue mucho el retraso. Que era peligroso y me quedara esa noche en San Gabriel; ya se me proveería por la mañana. Pero tu recuerdo ya se me estaba convirtiendo en nostalgia; la inquietud comenzaba a dolerme por dentro, y la impaciencia me lanzó hacia el desierto.

Bien caminada la noche llegaría a ti poco antes del alba. Todo era no perder el rumbo, bien derecho, con las estrellas por guía. Pero no

contaba con la cerrazón de esos tenebrosos nubarrones que surgieron por todos lados, tiñendo de negro profundo el obscurecido aire de la noche.

Comenzó a poco a llover; ni llovizna ni tormenta: nomás llover. ¡Qué bonito huele la tierra dura del Erial cuando comienza a mojarse! Yo seguía caminando ligero; ya chapoteaban mis pasos por el agua que se juntaba. Nomás no perder la orientación; no me desviaré mucho, pues soy buen oteador de rumbos. Si no salgo directo a Santa María, por ahí cerquita voy a caer. Al decirme "caer" me acordé de Los Tajos; pero a éhos los dejaría de lado; como por darme confianza insistía: —"Soy buen oteador de rumbos".

Del cielo llovía; lo demás, negro. Yo caminaba; mi pensamiento contigo.

Llover y llover. ¿Cuánto tiempo llevaré caminando? Sólo sé que voy acercándome a ti. El Erial es bien planito, ni siquiera piedras tiene... Con esta mojada noche tan negra. Bien empapado que estoy, pero de tanto andar ni fría se siente la lluvia.

La noche avanzaba en el tiempo, como yo lo hacía en la distancia. En mi ánimo, una extraña zozobra avanzaba también. Una zozobra que, inadvertida al principio, me iba calando como la humedad de la lluvia y se me fue haciendo presente según se me iba acrecentando, hasta saturar mi conciencia. ¿De dónde me venía esta inquietud? Por caminar a ciegas el Erial, y lo que puede acontecer con un rumbo desviado, me dije. Pero no era eso, no solamente; sino como un angustioso y desconocido presagio que fue haciendo lento mi paso... hasta que llegó a detenerlo.

De pronto relampagueó con temblores de luz que dieron de frente a un hombre que estaba quieto ante mí, más bien cerquita, mirándome con fijeza. Lo vi como empalidecido todo él por la luz del relámpago, que alumbró fugazmente la repelente imagen de ese hombre de viejo y maligno aspecto.

Con un vuelco del corazón por lo sorpresivo de tan inesperada presencia, instintivamente me eché hacia atrás con tal violencia, que resbalé en el anegado piso, en el que yo mismo me hice rodar en no sé qué direcciones para poner distancia y cambiar el lugar en el cual había sido visto, como escondiéndome en la obscuridad. Y quedé agazapado, inmóvil y conteniendo la respiración, esperando que se acallaran mis exaltados latidos interiores para escuchar en la absoluta negrura algo que esperaba de aquel hombre, a quien por perdérmele de ubicación yo mismo había perdido la suya. ¿Hacia dónde lo vi?

Pero nada... No se escuchaba ni una voz, ni un movimiento; solamente el caer de la lluvia.

No me movía por no delatar el lugar en que me encontraba. ¿Quién era ése, y qué intenciones tenía? Su penetrante mirada puesta en mí no era buena; todo él con aspecto de presentida amenaza. ¿Pero qué hacía ahí, en el Erial, en una noche como ésa... y mirándome así? Yo no traía arma alguna. ¿Y él? Cuando descubra el sitio en que está, debo atacarlo, por las dudas. Pero ya pasa el tiempo y no se oye nada... nada. Y pensé sin que la inquietud amenguara: "A lo mejor fue un aparecido... Sí, eso debe ser lo que vi, la aparición de un difunto", me decía mentalmente mientras un escalofrío me corría por el cuerpo, al tiempo que me iba incorporando, despacio y sin ruido.

Pero entonces unos dedos duros, fríos, me tocaron la espalda. Un estremecimiento súbito me invadió, dejándome paralizado.

Eran los dedos del desconocido que me presionaban empujando, al tiempo que me decía con voz seca e imperativa, fría y tan desagradable como sólo así podía ser la que emitiera ese viejo de críspante efecto:

—Anda... Camina.

Mi voluntad y mis propósitos quedaron aniquilados por el indefinible influjo que tenía en mí el desconocido, y comencé a caminar.

Anduve así no sé cuánto tiempo mientras volvía a tener cierto equilibrio mental mi pensamiento. Ahora percibía la presencia del hombre ése por el leve crujido de arenillas remolidas por sus pasos mojados. Caminaba acompasadamente a mi paso, a mi lado, pero un poco atrás, diagonalmente a mí; los dos en silencio.

Cuando consideré que mi voz podría escucharse normal, hablé. Era necesario hablar para saber, y aventuré a decir para iniciar algún diálogo:

—Debo ir a Santa María. ¿Será buena la dirección en que estamos andando?

Y el hombre aquél, con voz seca, solamente respondió:

—Todos son caminos. ¡Andale!

Y anduve; seguí caminando nomás por andar, bajo el imperativo del viejo al cual no me podía sustraer. ¿Hacia dónde iba, si estaba totalmente perdido mi rumbo? Por qué este hombre —meditaba yo— no me impuso dirección ninguna; nomás dijo: "Anda", sin ordenar hacia dónde, y yo comencé a caminar así no más, de frente a como estaba parado, sin saber a dónde iba la dirección que tenía frente a mí. ¿Es que a él no le importaba a dónde debemos llegar?

Era preciso insistir, hacer otro intento; no sin esfuerzo volví a preguntar:

—¿Por qué sigue mi propio camino?

A lo que contestó apenas audible, pero con aspereza cortante:

—Por si acaso...

¿Por si acaso qué? quise replicar para obtener una respuesta que algo explicara. Pero el extraño dominio que ejercía en mí el repelente viejo me impidió hablar más, como si mi voluntad hubiera sido absorbida hipnóticamente por aquel desconocido que seguía en diagonal tras de mí. Fueron horas así, atravesando la lluvia y la negrura del Erial; con los pasos del viejo pegados. A veces los oía lejanos, pero no; ahí avanzaba, junto. ¿Por qué un poco atrás? Eso era un motivo más de desconfiada inquietud, e hice lento mi andar para que se me emparejara a mi lado; pero él también lo hizo igual y dijo: "Anda..." Y aceleré de nuevo la marcha. No quería volver a sentir en mi espalda la presión de sus dedos. Tampoco deseaba escuchar más su voz.

¿A dónde conduce la línea por la que estoy caminando? ¿Y Los Tajos, por dónde estarán acechando? Hacia el norte son arenales que ondulan sin fin. Hasta puede ser que esté regresando por los rumbos de San Gabriel. Yendo al azar lo mismo es una dirección que cualquiera otra —pensé—; igual que jugar un albur. ¿Cuánto vale mi vida esta noche? Y doblé hacia un lado la dirección que llevaba, nada más porque sí, o quizá por calar la reacción que ese odioso viejo tendría. Pero él siguió silenciosamente junto; continué escuchando sus pasos a mi lado, un poco atrás, caminando en mi nueva quebrada dirección. "Todos son caminos..." Y seguí, como un sonámbulo, sin poder detenerme. Atormentábame a ratos la posibilidad de que a un paso, mi pie no encontrara el piso y se hundiera en el vacío de una grieta que me tragaría para siempre.

Y tú, ¿hacia dónde te encuentras? ¡Qué lejos de mi esperanza! ¡Qué cerca de mi corazón!

La lluvia iba cediendo. La obscuridad persistía.

El cuerpo y el juicio se me habían ido cansando. En los ojos inútiles toda la noche, era la misma tiniebla así fueran cerrados o abiertos. ¿Por qué al cerrarlos tenía mayor sensación de abandono y descanso? Hasta creo que dormí caminando y tuve luces de alucinación entre sueños en que te adivinaba esperando angustiada. Se habían ido mezclando la vigilia y el sueño; el ensueño con la desesperante realidad de esa lúgubre noche, mientras seguía avanzando sin saber hacia dónde, con los ojos cerrados. Lo mismo cerrados que abiertos —pensaba—, mien-

tras comenzaba a darme cuenta de que aumentaba el frío de la noche. Como si fuera para sacudirme el adormecimiento que me invadía y tratar de entender, fui abriendo los ojos. Al hacerlo fui asimismo tomando conciencia de que ya no llovía más. Y aun de que parecía percibirse cierto principio de claridad.

Sí, eso era. Ya preludiaba el amanecer.

Y era una realidad, no un ensueño alucinado, el que hacía adivinar entre sombras, lejos aún, la silueta de nuestro pueblo querido. No era un espejismo engañoso; allá estaba, apenas visible entre brumas obscuras, la torrecilla, la cúpula de Santa María. Y ya en el encharcado suelo de donde comienza el Erial se iniciaba el reflejo de la tenue y rosada claridad del alba nueva que avanzaba calmadamente.

Así era. Me detuve, girando hacia atrás con violencia; pero no vi a nadie... Solamente la húmeda soledad en penumbra del Erial. Ya no estaba más aquel siniestro desconocido.

Ahora sé que la voluntad de tu alma en angustiosa tensión me dio el rumbo. Era tu amor llamándome; era el mío a tu encuentro. La percepción de dos seres que profundamente se requieren. Eso es lo que me guió sin yo saberlo. Pero eso, ahora, ya lo sé.

Y corrí; corrí hasta el pueblo que aún dormía; menos tú, me lo dijeron las rendijas de luz en los tableros de la ventana de esa casa nuestra de gruesos paredones. Y ¡cómo me recibiste! Con los ojos agrandados de inquietud. ¿Es que te embellece aún más la angustia? Por fin hablaste, continuando estrechados uno con otro, esforzándote por disimular que llorabas. Hablaste para preguntar lo que ya sabías; sí era posible que hubiera atravesado el Erial esa horrible noche lluviosa.

—Sí —te respondí—, bajo la lluvia atravesé esta noche el Erial.

—Pero... ¿Cómo lograste...? ¡Y tú solo!

—No —te dije despacio, mientras iba comprendiendo—; solo no... Me acompañó mi muerte. “Por si acaso”.